

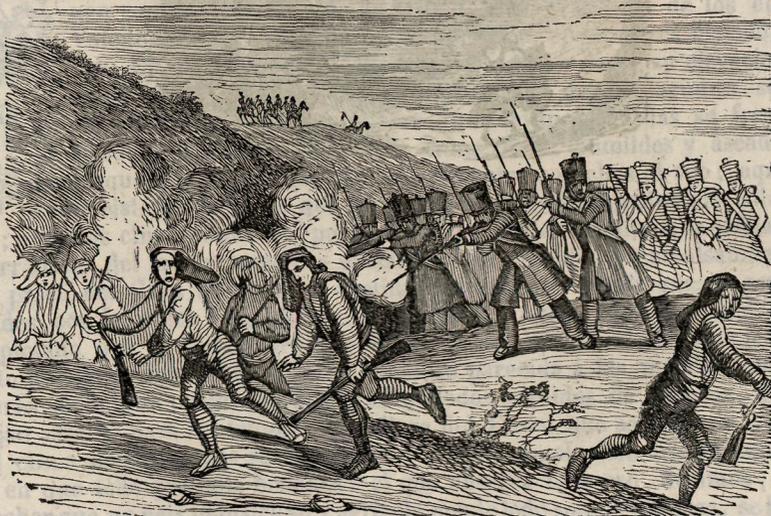
DEFENSA DE GERONA.

junta que habian pasado al campamento de Duhesme, permanecieron en el alojamiento de este durante el asalto; pero puestos en libertad al amanecer, restituyéronse á la plaza con el encargo de manifestar á la junta las nuevas propuestas del general enemigo, reducidas á que esta nombrase una nueva diputacion para entenderse con él. Era este otro ardid, aunque de diversa índole que los anteriores, puesto que el objeto de Duhesme era retirarse sin ser sentido, mientras hacia creer á la junta que continuaba acampado. Asi lo conocieron los individuos componentes, la nueva diputacion, cuando dirijiéndose á las ocho de la mañana del dia 21 á la casa de campo donde se alojaba el general, halláronla abandonada por este, lo mismo que todas las cercanias. Divulgada la noticia de la retirada, entregáronse los habitantes á todos los extremos de la alegría, cantándose al dia siguiente un *Te Deum* en accion de gracias, á cuyo acto, celebrado en la capilla de San Narciso, asistió todo el pueblo y la guarnicion. Los defensores atribuian al favor de aquel santo el feliz éxito de su primera defensa, no faltando quien dijese haberle visto durante la noche montado en un caballo blanco y vestido de general, combatiendo con los franceses, al modo que el apostol Santiago contra los moros. La pérdida del enemigo consistió en setecientos hombres; la de los defensores fué mucho mas corta.

Duhesme fue perseguido en su retirada por los somatenes de varias poblaciones: pero al fin consiguió restituirse á la capital del principado, donde sin desistir del proyecto de tomar á Gerona, se dedicó á organizar toda suerte de medios y preparativos para volver de nuevo á su empresa. Mientras él se ocupaba en esto, una parte de sus tropas que habian quedado en Mataró á las órdenes de Chabran, en número de 3500 hombres, salieron de dicha poblacion para dirijirse al Vallés con objeto de buscar víveres. Al llegar esta columna cerca de Granollers, fué acometida valerosamente por los patriotas de Vich, á cuyo frente se habia puesto el teniente coronel D. Francisco Milans del Bosch, el primero que entre los oficiales superiores de tropas de linea tuvo la honra de acaudillar á los somatenes. Los franceses no pudieron resistir aquel empuje dirigido con inteligencia, y volvieron

atrás derrotados, perdiendo la artillería. Estos reencuentros tenían lugar á cada paso, apareciendo el paisanage armado donde quiera que el enemigo ponía los pies. El sistema de los somatenes se reducía á incomodar constantemente las tropas francesas, eligiendo las posiciones en las cuales creían mas fácil la empresa de disputarles el paso, retirándose y echando á correr cuando no se creían bastante fuertes, y volviendo sobre los flancos y retaguardia del enemigo, cuando despues de una victoria mas aparente que real, continuaba este su marcha.

Los insurgentes parecían brotar de la tierra, y á veces presentaban una masa de hombres numerosa y compacta, y mejor dispuesta de lo que en aquellos momentos de improvisaciones belicasas podia esperarse. Tal fué el cordon que los catalanes, aprovechando la ausencia de Duhesme durante la tentativa sobre Gerona, habian formado á la margen derecha del Llobregat desde San Boy á Martorell. El notario de Lérida Baget, nombrado coronel del tercio de aquella ciudad por su junta, habia como hemos visto rechazado á los franceses del Bruch por la segunda vez, tras lo cual bajó á Martorell, donde supliendo con su patriotismo lo que le faltaba en conocimientos, y secundado por el celo de tres fervorosos patriotas, D. José Mateo habitante de Capelladas, D. Manuel Pometa, oficial retirado, y D. Juan Soso sargento de artillería, fué el primero en organizar la mencionada linea de defensa. Era su objeto defender los caminos de Garraf, Ordal y Esparraguera, y con este fin habia comenzado á disponer los atrincheramientos correspondientes, fortificando los pasos principales con piezas de grueso calibre sacadas de las plazas y de las baterías de la costa. Irritado Duhesme al ver una osadía como aquella llevada á cabo por el paisanage casi á las mismas puertas de Barcelona, envió el 29 de junio al general Lechi á fin de reconocer las posiciones de los catalanes en el mencionado rio. Habiéndolo hecho así el gefe expedicionario, conoció la debilidad de aquella linea en varios puntos, como consecuencia forzosa de la precipitacion con que habia sido dispuesta. Llegado el dia 30, presentóse Lechi delante de Molins de Rey con dos mil italianos, y mientras estos llamaban la atencion de los catalanes hácia aquel punto, vadeaban el rio cerca de San Boy los generales Goulas y Bessieres con la infantería y caballería francesa. Trepano tras esto la orilla derecha del rio, arrollaron en ella á los somatenes, poniéndolos en completa derrota, y persiguiéndolos con sus tropas y las de Lechi hasta pasado Martorell.



DERROTA DE LOS SOMATENES EN EL LLOBREGAT.

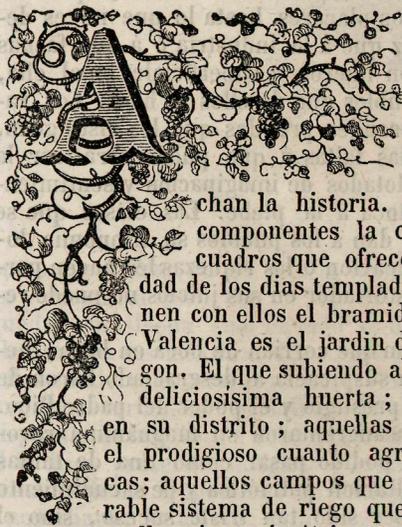
Los catalanes perdieron en esta accion casi toda su artilleria; pero no el patriotismo ni el ánimo. Vanamente intentó el enemigo arredrar á aquellos valientes recurriendo por la centésima vez al saqueo y al incendio de las poblaciones. El rigor era tan inútil como lo hubiera sido la benevolencia: la guerra habia comenzado á muerte y á muerte se debia terminar. Luego veremos á los vencidos volver á tomar la iniciativa en el combate y aparecer armados y audaces en las cercanias de la capital. Los pueblos son invencibles cuando estan empeñados en serlo.



DEBOTA DE LOS COMBATIENTES EN EL LABRERAT.

CAPITULO X.

Breve ojeada sobre Valencia y los valencianos.—Carácter y atrocidades del canónigo Calvo.—Suplicio de este sacerdote y de sus compañeros.—Espedicion de Moncey sobre Valencia.—Combate del puente del Pajazo.—Combate de las Cabrillas.—Preparativos de defensa en Valencia.—Ataque de esta ciudad.—Retirada de Moncey.



1. hablar en el capítulo VI de la insurrección de Valencia, dejamos interrumpido el relato de las atrocidades que en ella tuvieron lugar, siéndonos ahora preciso terminarlo, por mas que se resista la pluma á trazar uno de los episodios mas repugnantes que ennegrecen y manchaban la historia. La de aquel bello y antiguo reino, otro de los componentes la corona de Aragon, podria compararse á los cuadros que ofrece una primavera dulcisima, donde la generalidad de los dias templados y apacibles no quita que de vez en cuando alternen con ellos el bramido de la tempestad y la furia de los elementos. Valencia es el jardin de las Hespérides, cuyas flores defiende un dragon. El que subiendo al *Miguelete* contempla desde su elevacion aquella deliciosísima huerta; aquella profusion de poblaciones sembradas en su distrito; aquellas quintas que elevan gallardas su frente sobre el prodigioso cuanto agradable número de humildes y aseadas barracas; aquellos campos que dan tres y cuatro cosechas al año; aquel admirable sistema de riego que no deja perderse inútilmente una sola gota de agua; aquellos cinco simétricos puentes por los cuales comunica la poblacion con los arrabales del norte; aquellos arbolados que templan y embalsaman el aire; aquel paseo del Grao que parece destinado á enlazar la vida que se goza en las ciudades con la dulce que ofrecen los campos; aquel Júcar tan cuidadosamente esplotado por el agricultor, que apenas le deja rendir al mar que le espera el tributo de alguna humedad; aquella Albufera parecida á las manchas de los lagos y mares de la luna; aquellos risueños collados seguidos de montes, los cuales semejan alzarse para contemplar la belleza del Eliseo que se estiende á sus pies; aquel clima donde apenas se conoce el invierno; aquel cielo trasparente y purísimo en que todo promete bonanza: el que observa todo eso, decimos, no puede sospechar que un pais industrioso y agrícola donde todo sonríe y halaga, se halle nunca espuesto á ofrecer escenas de sangre, de devastacion y esterminio. El idioma lemosin, tan ingrato en los labios de los catalanes, pierde de tal manera su as-

pereza en la boca valenciana, que aun cuando no se considere merecida en su totalidad la calificacion que Cervantes hace de él en su *Pérsiles*, preciso es convenir en que la dulzura que le es inherente es otro argumento de mas á favor de la *suavidad* que alli reina en todo. En Valencia, dice un proverbio, son blandos el cielo y el clima, blanda el agua, blandos los alimentos, y hasta las mugeres son blandas. Pero esa blandura perenne, esa cualidad apacible que parece modificarlo todo en aquel pais, es solo en el estado normal: cuando las pasiones se irritan, la furia valenciana podria compararse á la de Medea, cuya belleza y corazon de muger no le impidieron despedazar á sus hijos. Llenos de penetracion y de ingenio, han dado los valencianos repetidas pruebas de lo á propósito que son para las artes y las ciencias; aplicados como los que mas, explotan y aprovechan el trabajo con una constancia admirable; afanándose por adquirir, son victimas muchas veces de esa desapoderada pasion que les hace preferir el trabajo que produce mas, aun cuando les sea nocivo, ó los haga vivir tristemente arrastrando una existencia valetudinaria; aseados y limpios en sus casas, merced al cuidado de sus mugeres, hacen contrastar ese esmero con la poca decencia del vestido, en que no parecen haber consultado otra cosa que estar libres y desembarazados para el trabajo; ligeros y veloces en la carrera y en todos los egercicios de movimiento, merecen el dictado de *leves* con que los califica Arriaza; aficionados á fiestas y regocijos públicos, gastan y derrochan en un dia lo que les ha costado adquirir muchas semanas; religiosos en alto grado, han sido en España uno de los pueblos que mas vanidad han tenido en atender al decoro de sus templos y á los demas objetos del culto; afables con los estrangeros, son entre todos los componentes de la antigua *Coronilla* los que menos adheridos parecen á sus usos y costumbres locales; amigos de los placeres hasta lo que no es decible, se entregan á ellos con la misma avidez que á la industria ó á sus faenas agrícolas; dotados de ardiente imaginacion, son ligeros y superficiales cual ella, no siendo sino muy justa la calificacion de volubles que de ellos se hace. Los valencianos, en una palabra, en medio de las grandes prendas que los distinguen, están espuestos á caer tristemente en todas las faltas á que puede arrastrar la pasion, siendo como son en general hombres dotados de imaginacion y sentimiento mas bien que de juicio. Esto por lo que toca á la plebe. Las clases que se elevan un tanto sobre ese nivel no son las que dan á los pueblos su fisonomia local: participando mas ó menos de ella, la educacion ó las riquezas les hacen pertenecer á otra familia por decirlo así; y el historiador en sus juicios no puede referirse á ellas sino con grandes escepciones.

Agitada Valencia con los rumores de traicion que corrian de boca en boca, hemos visto á aquel paisanage hacer victima de su suspicacia al desgraciado baron de Albalat, sin que fueran bastantes á salvarle el prestigio y el poder del padre Rico. Este acontecimiento con que los valencianos ensangrentaron su magnánima revolucion en los últimos dias de mayo, hubiera podido pasar como una de tantas desgracias, inevitables en aquella época de exaltacion patriótica y de sacudimiento social; mas bien pronto se echó de ver no haber sido tan triste suceso, sino el anuncio de las saturnales que despues debian seguir.

Era el dia 1.º de junio, cuando se presentó en aquella ciudad un canónigo de San Isidro de Madrid, llamado D. Baltasar Calvo, á quien podrian aplicarse muy bien las palabras de San Pablo en la epistola segunda á los Corinthios: *Satanás se transfigura en ángel de luz; y así no es de extrañar si sus ministros se transfiguran en ministros de justicia, cuyo fin será según sus obras.* Era en efecto Calvo un monstruo en figura humana, un fanático con el nombre de Dios en los labios y la furia de Luzbel en el corazon, un hipócrita con apariencias de santo y con hechos de réprobo. Admirador del bando jesuita, cuyo corifeo se habia hecho en las dis-



EL CANÓNIGO CALVO.

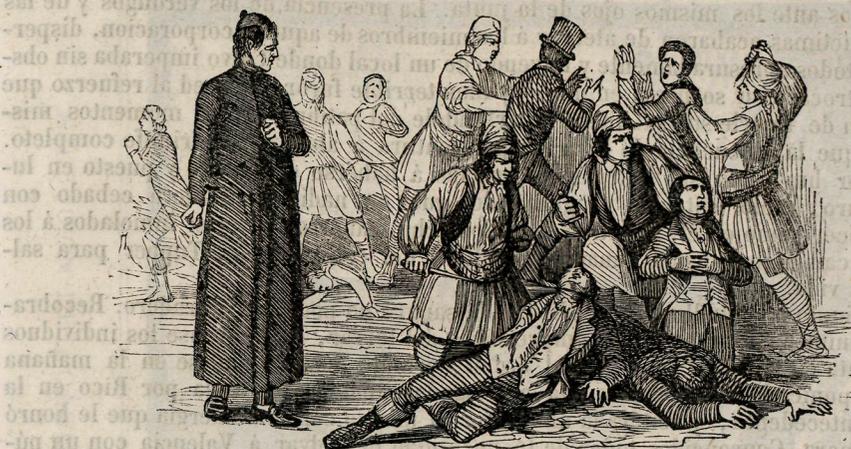
putas que habian en su iglesia tenido lugar con los jansenistas, habiase ensañado en perseguir á estos con un lujo de vejacion extraordinario; pero su alma no podia quedar satisfecha sino cuando se le ofreciera ocasion de poner en práctica completamente sus máximas de sangre y esterminio. El grito de independencia nacional lanzado contra los franceses, fué para él el momento propicio de acreditarse como una verdadera notabilidad en materia de crímenes. Al llegar á Valencia vió dispuesta la multitud á todo género de excesos, y vió tambien el cuidado con que el P. Rico pretendia dirigirla y moralizarla. Devorado de ambicion como pocos, procuró desde el momento de su llegada atraerse las miradas de la muchedumbre y conciliarse su afecto, erijiéndose en apóstol de la causa nacional. Seducidos los valencianos con los arrebatos patrióticos y con el estudiado fervor religioso del recién venido, rodearon entusiasmados á un hombre que con solo ser de otra tierra llevaba en sí bastante recomendacion, porque los hijos de Valencia (dice un escritor de nuestros dias) «tan enemigos como son de sus paisanos, á quienes encarnizadamente persiguen si sobresalen por sus talentos, otro tanto son admiradores de los forasteros, á quienes veneran y colman de honores y siguen con ceguedad aunque los guien al precipicio (1).» Seguro asi Calvo de obtener el favor del vulgo, puso desde luego la mira en atraerse la benevolencia del P. Rico, á quien miraba con envidia, y cuyo predominio intentaba dividir al principio para acabar en último resultado por eri-

(1) *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España*, tomo I, pág. 178.—Madrid 1842.

jirse en dominador esclusivo. El padre franciscano, que en medio de su honradez y de las pruebas que dió de desprendimiento y pureza, no era extraño enteramente al deseo del aura popular, negóse á hacer causa comun con el advenedizo sacerdote, ora fuese porque temiera hallar en él un rival peligroso, ora porque conociese desde la primera entrevista las torcidas intenciones de aquel clérigo. No contento con esto, influyó Rico cuanto estuvo en su mano para que no se nombrase á Calvo individuo de la junta, como pretendia. Calvo desde entonces juró á su antagonista odio á muerte, y devorando en silencio la furia que interiormente le corroia, hizose rodear de cuarenta ó cincuenta asesinos, con los cuales se puso de acuerdo para llevar á cumplimiento término el espantoso plan que meditaba.

Habia la junta conducido á la ciudadela, con el fin de evitarles atropellos, á los franceses domiciliados en la ciudad; y Calvo proyectó con sus satélites apoderarse de aquel punto, dando muerte á los en él encerrados, para así captarse el favor popular. Fijado para la ejecucion el 5 de junio, comenzó al anochecer el tumulto con el saqueo de las casas de comercio de los franceses, cuyas propiedades y haberes habia respetado la junta. Hecho esto, y habiendo talado y destruido, ó arrojado por los balcones cuanto les vino á las manos, dirigieronse los amotinados á la ciudadela, de la cual habia salido su gobernador Moreno para formar una division en Castellon de la Plana. Caido el fuerte en poder de los sediciosos, dirigieronse los asesinos en busca de las víctimas, escitándolos Calvo á la matanza y pintándoles aquel acto como uno de los mas meritorios á los ojos de Dios. Estendida por la ciudad la voz de lo que pasaba, salieron de sus conventos las comunidades religiosas con las imágenes mas veneradas del pueblo y hasta con el Sacramento en las manos, á fin de evitar la proyectada carnicería. Calvo entonces, fingiendo compasion, adelantóse á los infelices cuya sangre anhelaba verter, y habiéndoles de un modo tan pérfido como hipócrita, manifestóles el inminente riesgo en que estaban de perecer á manos del vulgo; por lo cual, y para impedir tan horrible catástrofe, se anticipaba él, les dijo, á indicarles el único medio de salvacion que tenian, cual era evadirse por el postigo que daba al campo, dirigiéndose al Grao, donde encontrarian embarcaciones dispuestas para conducirlos á Francia. Los azorados presos cayeron en el lazo; y oyendo á la multitud gritar desde afuera pidiendo venganza contra los traidores, dirigieronse á tentar la fuga por el sitio que el canónigo les designaba. Oyese en esto otra voz no menos pérfida, y dispuesta por el mismo, de que los prisioneros se querian fugar; y precipitándose entonces la multitud dentro del recinto, comienza el horrible degüello de los contenidos en él. Vanamente los magistrados, el capitan general y la fuerza armada se empeñan en unir sus esfuerzos á los de los religiosos que habian acudido allí con algunas otras personas deseosas de evitar la catástrofe. El sanguinario clérigo preside la ejecucion con sonrisa diabólica, y hasta se niega á conceder á las victimas los últimos consuelos de la religion. La voz ¡confesion! ¡confesion! puede mas, sin embargo, que su horrible y nefanda impaciencia; y los pobres franceses consiguen en aquellos momentos postreros reconciliarse con Dios. Hecho esto, agárrase cada verdugo á su víctima, clava en ella repetidas veces el puñal, y la estancia se llena de cadáveres. Los gritos de personas compasivas y la vista de las sagradas imágenes estremecen á los sicarios, los cuales comienzan á vacilar. El canónigo que lo observa se irrita y los alienta de nuevo á la matanza, prometiéndoles recompensas pecuniarias, ademas de las que el cielo en su sentir les reserva en la otra vida como premio de su accion meritoria. La sacrilega escitacion no produce el efecto anhelado. Los verdugos se sienten sin ánimo para continuar la carnicería; visto lo cual por el canónigo, aparenta hacer gracia á ciento cuarenta y tres franceses que habia perdonado el puñal; y con pretexto de disponerles otro sitio donde esten con mas seguridad, ordena conducirlos á las torres de la puerta de Cuarte. Una traslacion como aquella, en medio de la muchedumbre enfurecida, no podia tener otro objeto que acabar la matanza empezada, y así fué en efecto. El malvado sacerdote tenia apostada cerca de la plaza de toros otra cuadrilla de asesinos, y al

llegar junto á aquel sitio los franceses , arrojáronse sobre ellos los sayones sin dejar á uno solo con vida.



ASESINATO DE FRANCESES EN VALENCIA.

El número de las víctimas ascendió á trescientas treinta, segun Toreno, y á euatrocientos segun otros. Concluida su hazaña espantosa , presentáronse los asesinos á entregar á la junta las alhajas de que habian despojado á los cadáveres , y con arreglo á lo prometido por el canónigo , pidieron descaradamente la recompensa de su trabajo. El magistrado D. José Manescau mandó al escribano entregar á cada uno treinta reales ; y con pretexto de ser necesario dar cuentas de las cantidades invertidas, hizo inscribir los nombres de los peticionarios á medida que recibian su paga. El verdadero objeto que con esto se proponia aquel funcionario era hacer constar de ese modo quiénes eran los reos, para cuando llegase el dia de vengar la ley ultrajada. Este medio estaba, sin embargo, sujeto á equivocaciones. Mientras tanto quedó Calvo erigido , aunque por poco tiempo, en señor absoluto de Valencia, teniendo en un puño al arzobispo, á la junta y á todas las autoridades, incluso el capitan general, y amenazando á todos con la muerte en caso de desobediencia á las órdenes del tirano.

El P. Rico, que por comision de la junta habia salido á contener á la multitud desde el principio del tumulto, vióse desoido de todos, siéndole preciso retirarse y esconderse para no perecer á las manos de aquellos vándalos. A la mañana siguiente montó á caballo , y trocando en bravura el pavor que le habia sobrecogido la víspera, concibió el atrevido proyecto de prender al malvado sacerdote. Su empresa estaba á punto de salirle perfectamente, cuando uno de los individuos de la junta propuso admitir á Calvo en su seno. Apoyada esta mocion por otros dos, tomó Calvo asiento en aquella corporacion en la misma mañana del 6, llenando de terror y de espanto á todos sus individuos. Rico entonces se enciende en ira , y encarándose al autor de tan horribles asesinatos , pronuncia un enérgico discurso contra aquel réprobo, llevando su osadia al extremo de pedir la cabeza del malvado para que las leyes recobren su imperio. La sorpresa de Calvo y el asombro de la junta tuvieron mas de un punto de contacto con los de Catilina y el Senado Ciceron cuando pronunció aquel discurso tan sabido como elocuente contra el conspirador romano. Tal era el estado del debate , cuando abriéndose las puertas del recinto en que se verificaba la sesion,